

dignidad eminente y honrar en él una fuerza tan poderosa como la ciencia y la moral.

Y no traigamos hasta aquí, hasta este recinto donde el Arte tiene por derecho propio su puesto de honor, los titubeos del positivismo contemporáneo que a veces no vacila en dudar del Arte. Es este positivismo quien prevé en la vida de los siglos futuros que el Arte y la Poesía no ocuparán, quizás, sino un lugar muy pequeño y, observando que el desenvolvimiento natural del hombre va del instinto al conocimiento, de la emoción espontánea al juicio reflexivo,... decreta que la intuición artística es una percepción confusa de valor inferior a la de las ideas racionales y predice que la observación científica prevalecerá incesantemente sobre la imaginación; que el hombre culto se consagrará cada vez más exclusivamente a la ciencia, dejando el cultivo de las Bellas Artes a la fracción más emotiva de la humanidad: a la juventud, a las mujeres y a la infancia.

Mas yo, Señoras y Señores, no estoy conforme con estos juicios, un poco pesimistas, frios y áridos. Yo creo, yo entiendo,—lo mismo que creía y entendía nuestro Juan Valera, el autor inmortal de «Pepita Giménez»—que el arte no puede recelar que ha de morir a manos del saber. Es cierto que la ciencia ha metodizado y reducido a sistema todos los conocimientos; pero más allá queda siempre un infinito desconocido, por donde vuela y campea la imaginación, libre de todo yugo. Hay por último, pasiones y ensueños y sentimientos que la ciencia no podrá nunca entibiar, ni borrar, ni secar; y aunque sean las facultades humanas, que sirven para el arte, otras de las que sirven para la ciencia, no están en oposición y no menguan y decaen las unas al compás que las otras crecen y se encumbran, sino que, sin detrimento, se desenvuelven todas con el progreso y desarrollo de la civilización, y de toda virtud y energía del humano linaje.

En medio de esta fiesta jubilosa, no nos entristezcan atisbos de lo que puede ocurrir en lo futuro. Tengamos fe en el Arte, en su eflorescencia cada vez más espléndida, en ese Arte superior que tiene su principio en el sentimiento de la fuerza acrecentada, de la vida superabundante que obliga al hombre a enriquecer todo cuanto le rodea con su propia plenitud, a transformar las cosas, hasta que estas vienen a ser la imagen reflejada de su voluntad de poder.

¡Creamos en la belleza!, amarla, adorarla, divinizarla, debe ser el evangelio de nuestra vida. Lo bello es la alegría soberana que experimenta la voluntad triunfante y magnífica, cuando contempla en